

ESPIGAS AJENAS

EL APOSTOLADO DE LA MEDIA VARA..... EN LA MODA

(NUEVAS SALVAS)

Tengo dos amigos que no pueden hablarse cinco minutos seguidos sin disputar; y ¡vaya si se ponen serios y se acaloran, y levantan los puños, cuando van faltando palabras, saliva y razones, y después de todo se quedan sin sacar la consabida luz que dicen sale de la discusión!

El otro día les sorprendí bregando con esta interesante cuestión: *Concepto moral de la mujer*.

—Le digo a usted, apretaba el más viejo de los contrincantes, que yo soy de los que suscriben con gusto la famosa proposición del célebre sargento Franc: «¿Las mujeres? La mejor no vale un pitillo» y aquella otra de un sabio amigo mío: «La mujer es el animal más parecido al hombre...»

—Hombre, hombre, eso es mucho decir, replicaba todo nervioso el amigo, eso es sencillamente una barbaridad y una grosería tan injusta como falsa. La mujer, esto es, la dulce compañera del hombre, la más fina encarnación de la poesía y del ideal, el ángel suavizador de las asperezas de la vida...

—Sí, sí, todo lo que usted quiera y con usted todos los poetas románticos y melencólicos que han hecho de la mujer una especie de ídolo encantado; pero enfrente de todos ustedes, yo aseguro que, sacando de la humanidad femenina un cinco por ciento, no más, de mujeres a las que yo de buen grado concedo todavía más que usted y sus amigos los de la melena, sacando ese cinco por ciento, repito, las demás ¿quiere usted que le diga lo que son? pues *allá va*. Son *perchas* en donde se cuelga el sueldo y a veces el honor de los benévolos papás o maridos convertidos en trapos, pieles, flores, alhajas, o baratijas; son *retortas* de químico en donde se combinan y prueban todos los colores y olores inventados y por inventar; son *escaparates* ambulantes de muchas vanidades y mentiras bonitas en los que se podría poner este letrero: *Se vende al más tonto*; son *rompecabezas* perrennes, pintándola de guapas, siendo feas, de ricas, siendo fregonas, de quince abriles, siendo de cuarenta noviembres, de graciosas teniendo el ángel de vacaciones perpetuas, etc., etc.; son *payasos* que pasan la vida divirtiéndose a la humanidad masculina con exhibiciones arlequinescas de modas ridículas; son *esclavas*, con aires

de reina, de la hebilla de moda, del ceñido de moda, del tacón de moda, del escote de moda, del peinado de moda, de la inmodestia o desvergüenza de moda; son...

—Pero, ¿todavía más? ¿pero le queda todavía bilis contra las pobres mujeres? ¿pero, pero, pero...

—Sí señor, y más le digo a usted; que cuando yo veo a esas mujeres tan rebosantes de todas esas ficciones y mentiras, dudo, mejor dicho, no creo ni en la fé de ellas, ni en su religiosidad, ni en las cruces y rezos que hacen ante los Santos, ni en las limosnas que dan a los pobres y me resulta una burla sangrienta verlas con los rosarios liados a la muñeca y arrodilladas ante los confesionarios; ¡ellas tan desobedientes a los Confesores, a los Obispos, al mismo Papa en punto a modestia y a exageraciones de la moda! y ¡comulgando! amigo mío, ¡comulgando al Jesús sencillito, puro, verdadero, santo, ellas, las pintarraqueadas, las provocativas, las frívolas, las tan llenas de mundo...!

—Pues ¿sabe usted que va escamando y caen chuzos?

—Pues, ¿no han de caer chuzos y hasta rayos? ¿no cree usted que colma el vaso de la indignación ver al Papa y a los Obispos y a los Sacerdotes y hasta los mismos protestantes del Gobierno inglés clamando contra esos trajes ceñidos, colmo de la ridiculez y de la inmodestia, y contra tanta extravagancia desvergonzada de la moda y responder las elegantes a esos clamores tan justos, ceñiéndose más, desnudándose más y saliendo a la calle como hace veinte años no se hubiera atrevido a salir la mujer más tirada; y ¿qué digo a la calle? metiéndose en la Iglesia y atreviéndose a llegar hasta el mismo altar santo? ¿Qué es esto, Señor, qué es esto?...

Yo no sé a donde hubiere llegado la explosión de nervios de mi amigo, si no se me hubiese ocurrido terciar en la conversación proponiendo un medio práctico para remediar y precaver en algo tanto mal como deploraba y censuraba.

—Todo eso, intercalé yo, o gran parte de eso podría remediarse del modo más sencillito del mundo, con un remedio de mi invención: *con una media vara*.

Sí, señores, con media vara de medir volvería la normalidad al mundo femenino.

—¿Cómo? replica vivamente el aún jadeante de mis interlocutores. ¿Rompiendo muchas en las espaldas de esas insensatas?

—No, hombre, no voy tan lejos, ni soy tan cruel.

Todo se reduce a que las señoras de aquel cinco por ciento que usted exceptuaba, y que